

## Primer capítulo

El semáforo cambió a verde y Juan, tomando de la mano a Marieta, cruzó la calzada. Ya en la otra acera la muchacha tiró de su amigo para obligarle a detenerse ante una tienda de moda de baño y él la dejó hacer. Permanecía taciturno mientras la compañera, en medio de su propio alborozo, comentaba en voz alta las novedades del escaparate.

En un banco próximo, esperó a que la chica fuese consciente de que nadie la escuchaba, entonces ella dejó de parlotear y, subiéndose en el asiento, se acomodó sobre la curva del respaldo, al lado del muchacho.

—¿Me lo vas a decir?

—¿Qué?

—No seas bobo... Cómo te ha ido.

Juan esgrimió el boletín de calificaciones que acababan de entregarle en el colegio:

—Tengo que repetir, ya me lo esperaba. ¿Y tú?

—No.

—Mira que suerte.

—Si hubieses hincado los codos... Te lo advertí a mitad de curso.

—No empieces como mi padre.

—Dios me libre.

Marieta fijó sus ojos glaucos en algún punto perdido en la distancia mientras sacudía una mota de polvo inexistente de la rodilla de sus vaqueros.

—¿Qué piensas hacer?

—¡Joer, no sé! A lo mejor nada. Me tumbo aquí, en el banco, cierro los ojos, y a ver qué pasa.

—Pasaré que antes o después tendrás que entregar las notas en casa.

Marieta estaba hurgando en el pozo de sus temores. A lo largo del año mantuvo la esperanza de pasar de curso arrastrando alguna asignatura, sin embargo, al final, se habían materializado los negros augurios que todos le habían pronosticado y aún recordaba cómo le temblaron las piernas bajo el peso de las notas cuando la profesora le entregó el boletín: —«*Lo siento, Juan, pero estas cosas se las busca uno mismo*» — le había dicho con el sobre fatídico en la mano— «*Ahora es demasiado tarde para dar marcha atrás*».

—¿Quieres que suba contigo? Entre los dos pararemos el primer chaparrón.

—Mi padre no es un simple chaparrón, es un ciclón del Caribe.

—¿Te maltrata?

—No se le va la mano, si te refieres a eso, pero hay muchas formas de golpearle a uno sin dejar marcas.

—No te entiendo.

Juan hizo un gesto con los brazos que indicaba la respuesta desproporcionada que esperaba de su progenitor:

—Cuando vea las calificaciones, arrojará con rabia el boletín al suelo, negándose rotundamente a firmarlo, después jurará en todos los idiomas conocidos por tener un hijo tan negado para los estudios... «*Tan perro*», esas serán exactamente sus palabras. Más tarde comparará su juventud con la mía para dejar constancia de que él siempre fue superior en todo y rematará la faena recluyéndome en mi habitación, sin permiso para pisar la calle en todo el verano... Eso me da igual: tiene que ir a trabajar y no puede estar vigilándome todo el día... En cuanto a mi madre, siempre termino por camelármela...

—Pasado el primer susto, no parece tan terrible.

—Eso crees tú. Desde ese momento ya no me dirige la palabra si no es para recriminarme. Me mira de reojo y nada le parece correcto: si veo la televisión será porque debería estar leyendo un libro y si lo estoy haciendo, entonces es que debiera ser de matemáticas y no de literatura fantástica. Haga lo que haga, se tirará todo el verano echándome en cara lo que le cuesta el profesor de apoyo y la condena a que obligo a la familia porque ese dinero estaba destinado para unas vacaciones que se acaban de esfumar por mi culpa.

—No me das pena, Juan...

—Tampoco lo pretendo.

—Nadie te pide que seas el mejor de la clase pero, cuando menos, ir sacando los cursos...

—¿Vale eso de algo? Yo no quiero ser un gran médico en paro, ni otro ingeniero de caminos satisfecho con su empleo en el servicio de limpiezas del ayuntamiento...

—¿Cómo piensas ganarte la vida?

Una sonrisa especial iluminó el rostro de Juan. Miró a su amiga y después señaló con el mentón hacia el paso de cebra:

—Así.

Ante el semáforo se encontraba detenido un camión de gran tonelaje con matrícula alemana.

—Un cinco ejes. Mañana quizá esté en Holanda y pasado... quién sabe dónde.

—Para que puedas conducir uno de esos trastos tendrán que pasar años, ¿qué piensas hacer entre tanto? ¿Observar el mundo con las manos metidas en los bolsillos?

—No sería mala idea.

—Me voy a casa, ¿me acompañas? Estoy loca por enseñar las notas a mi madre.

—Ve tú. Por el mismo motivo, no tengo gana alguna de aparecer por la mía.

—¿Te veré luego?

—En el parque. No pienso estar en casa cuando mi padre regrese del trabajo. Por la noche espero que haya pasado la peor parte de la marea.

—Hasta luego, cari.

Juan siguió con la vista a su amiga hasta que ésta se perdió en el tráfico de la calle. Lo último que pudo ver fueron sus largos cabellos girando la esquina. Se repantingó en el banco dejando reposar la cabeza en el respaldo. Arriba, las nubes se desplazaban raudas y a él le hubiera gustado tener alas y perseguirlas hasta los confines del mundo.

El sonido de un claxon lo sacó de su ensimismamiento. Aquel banco en medio de la calle se había convertido en su lugar preferido desde el día que descubrió que desde él se podía observar el trasiego, diario e inacabable, de camiones y mercancías en la empresa de transportes que funcionaba enfrente.

Avanzó a lo largo de la malla metálica que cercaba el recinto, hasta llegar a la entrada donde le retuvo un guardia de seguridad:

—¿Vienes a recoger un paquete?

—No.

—¿Y a entregarlo?

Aquel hombre parecía idiota:

—Tampoco.

—Entonces no puedes estar aquí. Haz el favor de largarte.

El guardia... Algún día tendría que abrirle la puerta para que pasase con su *T.I.R.*

Dobló la calle para encaminarse a los juegos recreativos aun a sabiendas de que a esas horas no encontraría allí a ninguno de sus amigos. Palpando el fondo de sus bolsillos pudo localizar la moneda que le permitió perder un rato pateando a su contrario virtual que parecía haber tomado una pócima de inmortalidad porque, cuanto más lo derribaba, más virulentos eran sus ataques y la línea roja que delimitaba su “*vida*” parecía no agotarse nunca. Al final, una gran mancha bermeja de sangre animada inundó la pantalla y en su interior apareció la frase «*game over*» y, bajo ella, un letrero parpadeante e incitador: «*insert coin..., insert coin..., insert coin...* »

Golpeó con rabia los mandos. Era su única moneda y aquella máquina avariciosa aún exigía más...

El cambio de turno en la agencia de transportes inundó la calle con sonido de sirena. Tras contrastar la hora en su reloj de pulsera, Juan recogió la mochila decidido a tomar el camino del hogar sin prisa alguna: el padre no llegaría hasta última hora de la tarde y, ante la imagen de su madre enfurecida, la única sensación que sentía era de una angustia culpable que le abría un hueco enorme en el estómago.

El portal del edificio estaba impregnado de olores de cocina en pleno ajetreo y el aroma de la comida recién hecha le despertaba el apetito.

En el pasillo de casa se cruzó con la figura fugaz de su madre que le hizo una seña de inteligencia para que la siguiera hasta el baño.

—Tu padre está ahí.

A Juan se le vinieron abajo todos los castillos de naipes.

—¿Y eso?

—Problemas en el trabajo. ¿Trajiste las notas?

—Eh... No.

—Casi mejor. Hoy no se encuentra en su mejor día.

—¡Juan...!

La voz de su progenitor lo buscaba desde algún punto inconcreto al otro lado del pasillo.

—Vo... voy.

Al entrar, el padre abandonó el diario que estaba ojeando para interpellarle:

—¿Qué tal se ha dado?

—Bueno...

—¿Y las calificaciones?

—La profesora no tuvo tiempo de entregar todas, tengo que volver mañana.

—¿Tanto se tarda en hacer eso?

—Es que suelen ir a recogerlas los padres y se entretienen hablando con la tutora.

—Está bien, mañana te acompañaré yo.

El muchacho perdió el color de repente. Las cosas iban de mal en peor.

—Pe... pero ¿tú no tienes que trabajar?

—No me toques ese tema. La empresa ha iniciado un expediente de regulación laboral y en la fábrica estamos haciendo paros intermitentes para tratar de frenarlo. Por si soy uno de los que acaban en la calle, ya ando buscando trabajo entre las páginas del periódico —aspiró con profundidad—. Está todo que da asco... ¿Habrás aprobado?

Juan se encogió de hombros, era fácil dar respuesta a la pregunta e imposible hacerlo.

—No sé cómo he salido.

—Está bien, mañana, como clavos, estaremos los dos allí y más te vale que la cosa no sea tan grave como me estoy imaginando...

—A comer...

La voz de su madre había actuado como bálsamo aliviando momentáneamente el compromiso, pero su ánimo no estaba para banquetes. Terminó por retirar el plato y abandonar la mesa en busca del refugio de su alcoba.

—No tengo hambre —alegó por toda justificación.

Echado sobre el cobertor de la cama, con la mirada perdida en el techo, acabó por reconocerse en algunas de las frases entrecortadas que le llegaban desde la cocina. Elevó el volumen de la cadena de música hasta que el sonido de *Metallica* pudo más que la disputa de sus padres e intentó concentrarse en la lectura de un cómic, empeño vano porque no conseguía enterarse de la historia. Una y otra vez regresaban las palabras de su padre: «*Mañana, como clavos...* » ¿Qué haría al día siguiente? Quizá lo mejor fuera terminar con la angustia en ese mismo momento. Lo que hubiera de ser que fuera ya.

Estaba perfilando la decisión cuando oyó cerrarse la puerta de la calle. En la cocina sólo quedaba su madre recogiendo los platos de la mesa. La miró fijamente:

—Has llorado...

La mujer se enjugó los ojos con un pañuelillo de papel antes de responder.

—No hagas caso. Está muy preocupado por el trabajo.

—¿Dónde ha ido?

—Ha bajado al bar, a tomar café.

—Entonces volverá tarde y...

—Eso me temo.

Juan conocía el significado de aquella respuesta. Su padre raramente bebía más de la cuenta pero cuando llegaba a suceder, aún sin estar ebrio, su carácter, reservado y taciturno por naturaleza, se tornaba agrio y groseras sus maneras.

—Me voy un rato al parque.

—¿Ha estas horas?

—He quedado con el Rulas para lanzar unos tiritos a la canasta.

—¿Con quién?

—Con Raúl...

—A ese sí le conozco.

—Todos le llamamos así, yo no tengo culpa de que te desagraden los apodos.

Disimulada en la librería, esperaba la caja de puros donde dormían todos sus ahorros. Vacío su contenido. No era demasiado abundante pero llegaría para echar la tarde en los recreativos.

Su madre había acertado y en el parque no aguardaba ninguno de sus amigos. Le importó poco: lo había dicho únicamente como excusa para abandonar el hogar.

Cruzó la calzada para evitar que su padre le interceptase al pasar ante el bar y, desde el otro lado de la calle, le descubrió a través del cristal; bromeaba en medio de grandes aspavientos ante un grupo de clientes. Por la noche estaría insoportable.

De improviso, una mano se posó en su hombro:

—¿Vas a los juegos?

Su amigo Pipa le observaba desde detrás de sus gafas de culo de vaso. Se encogió de hombros y antes de continuar el camino, descansó el pie sobre el capó de un coche para atarse la zapatilla.

—Me da lo mismo.

—¿Qué tal las notas?

—He batido mi propio record.

—Menos mal.

—¿Menos mal?

—Joer, que sí, que pensaba que me iba a quedar solo en el barrio, pero ahora veo que seremos por lo menos tres.

—¿El Fume también...?

—También. Ahí lo tienes dándole caña al *Street Fighter*...

El tercer amigo se deshacía en forzados escorzos ante una de las consolas del establecimiento, ayudándose de gestos de rabia o dolor que dependían de quién propinaba el golpe en la pantalla.

—Un día se corta la lengua de un bocado.

El comentario de Pipa, provocó una leve sonrisa en su compañero. David, el Fume, concluyó su partida con una derrota total. Cuando desaparecieron sus contrincantes del monitor, pateó con saña los bajos de la máquina.

—¡Eh, chaval! A dar patadas a la lavadora de tu madre...

El encargado de la sala recriminaba al chico desde el fondo del local. Llevaba la boina calada y ambas manos enfundadas en las bolsas del delantalillo pardo donde guardaba el cambio.

—Sería más entretenida que el rollo de juego este —replicó.

—Entonces... ¿qué haces aquí? Anda a tu casa a ver cómo dan vueltas los calzoncillos...

Los muchachos terminaron por desentenderse del hombre:

—Voy a echar una partida al *Truckman*. ¿Lo has visto, Murci?

Juan, el Murciélago, negó con el gesto.

—¿De qué va?

—¡Jo, tío!, eres un camionero pirao que marcha por la autopista a toda pastilla conduciendo un bicho que se sale... ¿A ti no te iba el rollo ése?

—A lo mejor.

—Pues venga, jugamos a dobles. Tú pones la tela.

La música inundó de nuevo el local, mezclada con el estrépito exagerado de inexistentes motores de explosión, antes de que la pantalla mostrase doce circuitos de carreras para elegir. Juan buscó el número que identificaba al que tenía más curvas en su trazado.

Entre adelantamientos, travesías de puertos y comprometidos derrapes, se les fue yendo la tarde. Cuando quisieron darse cuenta, en la calle se habían encendido las primeras farolas y, sentado en la escalinata de acceso al establecimiento, esperaban, desde hacía rato, Güenrry y su inseparable mochila cargada de aerosoles de pintura.

—Creí que no ibais a terminar nunca con la condenada maquinita... —saludó.

—Haber entrado a buscarnos.

—Yo no pierdo el tiempo con esas memeces, pero he venido porque necesito vuestra ayuda. Desplegó ante el grupo de amigos una hoja de papel en la que había un dibujo a todo color.

—Fiuuu... —silbó alguien.

—¡Está güay!

—Mola mazo, tío.

—¿Ya has pensado dónde lo vas a clavar?

—Hay dos sitios posibles: el túnel que cruza la autopista o la fachada de la marisquería que da a la carretera.

—El túnel ya está abarrotado y no puedes pintar encima del trabajo de otro...

—Está claro, por eso me he decidido por la pared de la marisquería.

—Ahí estás vendido, se te ve de desde el quinto pino...

—Tiene razón este, además hay que subirse a la valla y desde allí trepar hasta la cornisa...

—Pero es donde mejor se guiparía —rebatió Güenrry— Por eso, he pensado en vosotros... Si en vez de pintarlo en solitario me echáis una mano, nos lo ventilamos antes de que los munipas puedan llegar a coscarse.

—En la marisquería no. Ese es lugar para poner una firma y salir por pies. Si hay que ayudar, se ayuda, pero, o es en el túnel o habrá que pensar otro sitio.

—Es una lástima porque allí quedaría de vicio...

Guardaron silencio. Durante un tiempo todos se interesaron en los pormenores de aquel boceto, tan extraño como atrayente, de letras con perspectivas y volúmenes falseados. A duras penas se podía descifrar el nombre de su creador entre aquellas líneas de apariencia tan dispar que, como por arte de ensalmo, lograban componer la palabra ausente de cualquier diccionario.

Juan dobló el dibujo y lo guardó en el bolsillo de la cazadora.

—No te preocupes, se verá. Reparte el curro entre todos, que del sitio me encargo yo.

Dejó a Güenrry en la tarea y se dirigió de nuevo a las máquinas. Aquel juego lo tenía cautivado. Puso una moneda en la ranura y el motor del camión rugió nuevamente.

—Deja eso, vamos a echar un fútbolín...

Cuando salieron de los recreativos ya era noche cerrada y en la calle se había reducido el flujo de transeúntes. Siguiendo a Murciélago, el grupo se dirigió a la autopista cruzándola por el túnel, sin saber a ciencia cierta el lugar al que le encaminaba el cabecilla.

—Ahí tenéis en sitio.

Se miraron entre ellos sin terminárselo de creer. ¡Murci estaba loco! ¡Pues no estaba señalando el cartel de tráfico que cruzaba por encima de uno de los sentidos de la autopista, desde la acera hasta la mediana...!

—¿Qué pasa? ¿Os da canguelo?

—¿Sabes lo que dices?

—Yo sí. ¿No lo veis claro? Por delante no se puede pero por la trasera tenemos un cartelón con un chorro de metros. ¿Qué? ¿Le echáis o no le...?

—Vamos.

Ayudándose unos a otros, alcanzaron la escalerilla que trepaba por el poste de fijación hasta una escueta pasarela, protegida por un quitamiedos, que recorría el indicativo en toda su longitud. Se distribuyeron a lo largo de ella, cada uno con un bote de pintura en la mano. Güenrry, armado con el aerosol de color negro, comenzó a trazar las líneas básicas del diseño.

—Nada de dormirse, aquí estamos vendidos. Hay que darse con los talones en la nuca... y echando leches.

Juan estaba en lo cierto. Aunque ninguno se encargaba de controlar el tiempo, eran conscientes de que se iba a tardar más de lo que la prudencia aconsejaba. Pipa vigilaba de reojo el tráfico de vehículos que, como una exhalación, cruzaban la autovía bajo sus pies, esperando advertir en cualquier momento el destello azul que les alertara de la llegada de la policía.

Quedaba poco para la conclusión del trabajo cuando se dejaron sentir las primeras sirenas.

—¡Largándose! ¡Nos han pillao!

—¡Cinco minutos más, Murci, y lo dejamos listo!

—¡Ya volveremos otra noche a rematar, ahora hay que darse el piro!

Abandonando los aerosoles, corrieron por el estrecho pasillo en fila de uno, rozándose contra la breve barandilla que sólo llegaba a la altura de las corvas.

—¡Vamos!, ¡vamos!, ¡vamos! ¡Están saltando la valla!

Fume arengaba a sus compañeros. Unos metros más abajo el coche de policía permanecía estacionado en el arcén y los dos municipales que lo ocupaban estaban empeñados en alcanzar la acera saltando por encima de la protección metálica. Llegaron al pie del poste de fijación cuando ya los muchachos corrían acera adelante. Todos menos Güenrry que, en el último momento, tuvo miedo de saltar la distancia que separaba el final de la escalerilla de tierra firme. Cuando quiso decidirse, los municipales le tenían sujeto por un brazo.

—¡Que me dejéis! ¡Yo no he hecho nada!

—¡Ni yo tampoco y mira cómo me he puesto el uniforme por vuestra culpa!

—Di a tus amigos que vuelvan, será mejor para todos —recomendó el otro agente.

—¡Iros de aquí! ¡Fuera! ¡Yo soy mudo! —gritaba el chico a sus amigos tratando de desasirse.

Desde la seguridad de los doscientos metros que los separaban de los guardias, Fume se rebeló:

—Algo tenemos que hacer, tú; no vamos a dejar que se lo lleven por la cara...

Guardándose las manos en los bolsillos, Murciélagos se encogió de hombros.

—¿Qué quieres? ¿Liarla más? No le pueden hacer nada... Además, él es el artista; le vendrá bien un poco de publicidad.

—Vámonos de aquí, están llegando más lecheras —advirtió Pipa.

—Cada uno por su lado. Nada de juntarse en los recreativos y tardando en llegar a casa. Ya nos veremos mañana, ¿vale?

Ambos compañeros asintieron y tomaron rumbos distintos. Murci prosiguió sin desviarse hasta la entrada de la ciudad, donde la autopista se fundía entre las luces de los primeros bloques de casas. Consultó el reloj. Era tarde y tenía que regresar a casa dando un rodeo.

Callejó errabundo hasta que, sin haberlo pretendido, apareció ante el puente ancho que, volando sobre el río, enlazaba ambas partes de la ciudad. Lo cruzó para esperar pacientemente el autobús en la otra orilla. Le valía el primero que hiciese aparición porque todas las líneas pasaban próximas a su domicilio, uniendo los barrios periféricos con un cordón invisible de sueño. Enseguida llegó el sesenta y cinco y, mostrando su tarjeta de transporte, buscó asiento en las butacas finales.

No tardó demasiado en llegar a su destino y pasar de largo: un vehículo policial se encontraba aparcado frente al portal de su bloque y el agente hablaba con su madre bajo la tenue luz del plafón que pregonaba el número del edificio. Se apeó una parada más allá para rodear el inmueble y enfilar su calle desde el principio; así sabría cuándo detenerse antes de que su presencia fuese advertida. Sin embargo, en el momento que alcanzó a ver la puerta, su madre ya se encontraba sola y su intranquilidad era evidente. —«*Mamá, las cosas se enredan solas*» —pensó.

A punto de entrar en el campo visual de la mujer, se detuvo. El padre llegaba por el lado contrario de la acera y la expresión de su rostro no hacía presagiar nada bueno. Hasta donde se encontraba, semi oculto tras el parterre de aligustre, llegaba con nitidez la conversación de sus progenitores, no por la distancia, que era respetable, sino por el tono alterado de sus voces:

—¿Ha llegado tu hijo?

—Aún no.

—¿Sabes dónde he estado esta tarde?

—Cómo quieres que lo sepa...

—En el colegio del chico. Ese se piensa que su padre se chupa el dedo. Resulta que las notas, junto con las vacaciones, se las dieron a mediodía...

La madre hizo un gesto de fingida sorpresa. En su interior lo había sabido desde el principio.

—... Y, como no podía ser de otra forma, tiene que repetir el curso... Ese es tu hijo: vago, embustero y delincuente.

—No digas barbaridades, aún es un crío. Siquiera ha cumplido trece años...

—Y ya tiene a la policía tras sus pasos. Según venía me he enterado que andan buscándole a él y a sus amigos por enguarrar paredes.

—Chiquilladas...

—¡Un delincuente en potencia, eso es lo que albergas en casa!

—No te permito que hables así...

—Tú no me prohíbes nada, de manera que... andando para arriba; ya me las entenderé yo con el mendrugo ese.

—Sube tú, yo no me muevo de aquí hasta que regrese.

El hombre tomó a su esposa por el brazo:

—No se te ocurra hacerme un numerito... ¡He dicho que a casa!

La mujer forcejeó, para terminar cediendo ante las exigencias de su esposo cuando notó que los transeúntes detenían su camino para observar la disputa.

—Suéltame. Está bien, subiré, pero no se te ocurra ponerle una mano encima.

—¿Una? ¡Y las dos también! ¡Vamos!

Juan, en cuclillas, se dejó caer contra el seto. Estaba viendo materializarse sus peores presagios y cómo éstos producían un torbellino azaroso en su estómago. ¿Qué hacer? En su mente se dibujaba un inmenso y oscuro túnel, al final del cual no había salida.

Sintió un roce cálido en sus rodillas acompañado de un ronroneo familiar. Un gato pinto se frotaba contra sus vaqueros.

—Hola, Bandido, esta vez la he liado tela de bien, ¿eh? Tienes suerte. Tú no estás obligado a dar explicaciones a nadie...

El gato callejero, como si comprendiese sus palabras, le miró fijamente. Bajo el reflejo de la luz artificial, sus pupilas brillaron de forma irreal remarcando la sensación de antifaz producida por la mancha oscura que cruzaba su rostro.

—Me parece que hoy no te voy a poder bajar la leche ni los cereales...

Abandonó el escondite para dirigirse al portal y esperar a que algún vecino tuviese necesidad de entrar o salir para no verse obligado a utilizar el portero automático. Al poco, se encendió la luz de la escalera y vio dibujarse en el vano un contorno conocido. Era su vecina del bajo, la cotilla mayor del reino; en la mano portaba la bolsa de la basura.

—¿Quieres entrar?

—Sí.

—A lo mejor no es buen momento.

—¿Por qué?

—Júzgalo tú mismo... —y se apartó para dejarle pasar.

Desde el portal se oía vocear a su padre. Evidentemente, Carmen estaba soportando la bronca destinada a su hijo. La amargura hizo que las lágrimas intentaran aflorar en sus ojos. No sería ante aquella mujer. Se limpió con el dorso de la mano y regresó a la calle.

—¿Te dejo la puerta abierta?

Con una sonrisa forzada y triste a flor de piel, el cuello de la cazadora alzado y las manos enfundadas en los bolsillos, echó a andar calle abajo sin volver la mirada. Llegó hasta el límite de la autopista, pero esta vez no se detuvo al otro lado del puente para tomar el autobús de regreso.